

12

**Universidad Católica y
Visión Evangélica**

William J. Sullivan, S.J.

CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA

Consejo Editorial:

Dr. Carlos Escandón D. Dr. Juan Bazdresch P. Arq. Gerardo Anaya D.

Diseño de la colección: Álvaro Yáñez

Formato: Nadia Ruiz

Tipografía: Gabriela Ruiseco, Ernestina López, Ma. Eugenia Meléndez

Impreso en la Universidad Iberoamericana

1ª impresión abril 1986

Tiro: 1,000 ejemplares

Derechos Reservados

© Copyright

Universidad Iberoamericana, 1986.

Cerro de las Torres 395/04200 México, D. F.

William J. Sullivan, S. J.

Seattle University

Ponencia presentada en la XV Asamblea General de la FIUC (Federación Internacional de Universidades Católicas) realizada en Santo Domingo en agosto de 1985.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	4
I. INTRODUCCIÓN.....	5
II. MÉTODO - FUNDAMENTO LÓGICO	6
III. VISIÓN EVANGÉLICA	7
A. Sujeto creado con un destino	7
B. En el mundo de la Encarnación	8
C. Con la promesa de resucitar a otra vida	9
D. Ejerciendo la libertad	9
E. Llamado a servir	10
F. Conclusión.....	11
IV. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA.....	11
A. Iluminación del mundo	12
B. La persona, punto de enfoque	14
C. Transformación de las relaciones	17
V. CONCLUSIÓN.....	19

PRESENTACIÓN

Los retos del mundo moderno y la consecuente renovación que en el ámbito de la Iglesia Católica se da respecto de las formas adecuadas de evangelización, obliga también a las universidades católicas a replantear la vinculación entre Evangelio y cultura y a abrir nuevos caminos dentro del ser propio de una universidad. Es por otra parte una respuesta al reto que Paulo VI lanzó al mundo católico en 1975 (*Evangelii Nuntiandi*, No. 20).

Una respuesta ha sido, por una parte, la creación de un estatuto de universidad nuevo e inédito: la universidad de inspiración cristiana. Por otro lado el problema de la relación Evangelio-Universidad ha sido objeto de numerosos estudios, congresos, diálogos. En esta misma colección hemos podido publicar algunos de ellos. ⁽¹⁾

El estudio que ahora ofrecemos fue presentado como ponencia en la 15a. Asamblea General de la FIUC (Federación Internacional de Universidades Católicas) llevada a cabo en Santo Domingo, en agosto del año pasado. Su autor habló desde la experiencia de una universidad jesuita norteamericana. El enfoque que le da, al rastrear en el evangelio los elementos que puedan dar el más cristiano a lo propio de toda universidad, es un importante aporte a lo que se viene llamando “inspiración cristiana” o “valores cristianos” que inspiran a una universidad.

Por eso, cuando el autor habla de universidad católica, entendemos que se refiere mucho menos a un estatuto jurídico eclesial y mucho más a un estilo cristiano de universidad, que lo puede tener alguna aun sin proclamarse estructuralmente vinculada con la Iglesia Católica.

Creemos que las ideas aquí expresadas podrán ayudar a que nuestras universidades que encuentren en Evangelio una orientación, puedan establecer formas concretas para la evangelización de la cultura superior, de la investigación y de la vida profesional.

P. Gerardo Anaya D., S. J.
Editor

I. INTRODUCCIÓN

Esta ponencia tiene por objeto investigar cómo las universidades católicas de todo el mundo pueden llegar a expresar el mensaje apostólico del Evangelio al tratar de responder a las esperanzas de la sociedad contemporánea trabajando con quienes acuden a ellas para recibir una educación superior.

En el planteo de esta cuestión surge inmediatamente un problema muy significativo. Si uno habla en serio de las “universidades católicas de todo el mundo”, no puede menos de venirle prontamente al pensamiento la extraordinaria diversidad de tales instituciones. Y quien sepa algo de las universidades miembros de esta Federación caerá en seguida en la cuenta de la variedad que las caracteriza en múltiples aspectos: dimensiones, edad, programas, niveles de enseñanza. . . Las universidades representadas en nuestra Federación se encuentran en diversísimos contextos culturales y religiosos, mantienen distintas relaciones con los gobiernos de su respectivo país y, desde el punto de vista jurídico, hasta sus relaciones con la Iglesia son también diferentes. ¿Cómo dar con una respuesta unificada y coherente al mensaje evangélico entre tan gran número de instituciones donde reina la mayor diversidad en cuanto a actividades educativas y culturales, estructuración del estudiantado, etc. . . ?

La cuestión de una posible unidad entre una diversidad tan obvia constituye, a mi parecer, la problemática de esta disertación.

La búsqueda de esa unidad en la misión de las universidades católicas podría llevarse a cabo de varias maneras. Una consistiría en el método fenomenológico, es decir, en examinar y catalogar las actividades de los varios centenares de instituciones que componen este “universo”, tratando luego de hallar una unidad en dichas actividades merced al método inductivo. Este enfoque funcionaría sin duda, hasta cierto punto, dentro de un país o un sector educativo-cultural determinados, pero en el contexto internacional no haría, con toda probabilidad, sino acentuar multiplicidad y disparidad que hoy se ven y que justamente constituyen el problema que tratamos de resolver.

También sería posible adoptar un enfoque histórico, intentando descubrir la unidad de la misión de la universidad católica en andadura histórica a través de los siglos. Mas aquí se pone igualmente de manifiesto que el desarrollo histórico en la época moderna y en distintos países es la causa de la extrema heterogeneidad del grupo.

Finalmente, se podría ir a buscar una respuesta a la cuestión de la unidad en la diversidad estudiando los documentos oficiales de la Iglesia sobre la educación universitaria, para ver si la solución se encuentra en ellos. Este enfoque, a mi juicio, plantea un problema especial, por cuanto, a excepción de algunos documentos dados a conocer estos últimos años por obra de la Federación, la mayoría de las declaraciones de la Iglesia romana acerca de la enseñanza, incluida la universitaria, están estrechamente vinculadas con cierta cultura y apenas revelan algún grado significativo de sensibilidad a la auténtica misión católica de las universidades católicas del mundo no europeo.

Si estas opciones no resultan satisfactorias o fructuosas respecto a nuestra problemática de “unidad en la diversidad”, no nos quedará más remedio que adoptar otra metodología.

II. MÉTODO - FUNDAMENTO LÓGICO

Lo que buscamos es un método para llegar a la naturaleza y unidad de la *respuesta* de las universidades católicas a los anhelos y esperanzas del mundo contemporáneo.

El método que les propongo consiste en concentrarse en la visión evangélica de la persona humana, tratar de poner en claro los elementos de que consta esta visión de fe y, por último,

comprobar hasta qué punto ese concepto de la persona humana es el fundamento de la *respuesta* de nuestra universidad católica a las necesidades y esperanzas del mundo contemporáneo, así como -al propio tiempo- la base real de la unidad en la diversidad, objetivo de nuestro esfuerzo.

Huelga decir que mi proposición da pie a ciertas preguntas: ¿nos proporcionará este método una idea clara del contenido de nuestra *respuesta*? ¿arrojará luz sobre las bases de la ansiedad y unidad de los esfuerzos de las universidades católicas en tan diversos tiempos, países y circunstancias?

Los puntos siguientes pueden considerarse como *presupuestos* de este método. La verdad de tales presupuestos, constituiría el fundamento lógico para su uso. Esto es, si uno está de acuerdo con ellos, tendrá una razón para utilizar el método.

Concentrarse en un método antropológico es dar por sentado que la misión de la universidad en la sociedad -y por ende la misión de toda universidad católica- guarda una relación esencial e intrínseca con la persona humana. La universidad es una institución a la vez social y cultural. Esto significa que es en esencia una institución orientada a la persona humana. Todo lo que de ordinario asociamos con la universidad -investigación, enseñanza, profesiones, humanidades, laboratorios, bibliotecas-, todas estas cosas y muchísimas más se relacionan genuinamente con la cultura y desarrollo de la persona humana, el servicio a la misma y el ambiente en que se mueve. Este enfoque antropológico de la universidad podrá parecer obvio, y espero que lo parezca, pero debe mencionarse aquí como uno de los presupuestos del método sugerido.

Un segundo presupuesto es que el mensaje del Evangelio constituye también esencial y radicalmente un mensaje sobre la persona humana. Este postulado no es ya tan claro como el primero. En general concebimos el Evangelio como un mensaje sobre

Dios o Jesucristo. No obstante, hay una larguísima tradición católica, desde los Padres de la iglesia, pasando por la teología medieval, hasta la teología moderna y posterior al concilio Vaticano II, la cual entiende la “Buena Nueva” como “anuncio” acerca de la persona humana y dirigido a ella. El Evangelio no es una revelación sobre Dios en Sí mismo o aisladamente considerado. Es un mensaje sobre Dios en relación con su pueblo, con cada persona humana, por medio de su Hijo Jesucristo y en él. Según el presupuesto que estamos comentando, el mensaje evangélico es sustancialmente un mensaje antropológico. Puede afirmarse que cada sentencia del Evangelio es una declaración sobre la naturaleza y destino de la persona humana.

Hemos de reflexionar ahora acerca del modo como estos dos presupuestos asientan el método que nos permite resolver la cuestión planteada: Cómo responden las universidades católicas, a través de sus estudiantes y a la luz del Evangelio, a las necesidades y esperanza del mundo contemporáneo?

Si el cometido de la universidad es esencialmente antropológico y el mensaje del Evangelio se refiere básicamente a la persona humana -por lo que también merece el calificativo de antropológico-, entonces el estudio de ese mensaje y la reflexión sobre el mismo en nuestro contexto actual con sus necesidades, problemas, esperanzas, oportunidades, desafíos, etc. constituyen un modo de intentar dar respuesta a la pregunta que nos formulamos. He aquí un camino, distinto de los tres arriba indicados, para resolver el problema de la unidad de nuestra misión.

Este planteamiento *tiene también la ventaja* de hacer resaltar uno de los elementos más importantes del carácter específico de la universidad católica. Si bien todas las universidades actúan con algún tipo de visión antropológica, la presencia, en la universidad católica, de la visión evangélica del hombre, como la entiende y desarrolla la tradición católica, es un signo o elemento de lo que la distingue. Más, quizá, que el apelativo extrínseco

de “católica” y que ciertos componentes de sus programas de enseñanza, es la concepción evangélica de la naturaleza y destino de la persona humana lo que confiere a la universidad católica, sea cual fuere el contexto cultural en que se encuentre, su carácter distinto y específico.

Teniendo presentes los presupuestos que acabamos de delinear -y considerándolos en todo momento como hipótesis de trabajo-, me ocuparé ahora de la primera de las dos secciones principales de este ensayo. Ante todo se trata de perfilar esa visión de la persona humana que aflora constantemente en el Evangelio. A continuación hemos de examinar la manera (o maneras) en que el trabajo o funcionamiento de la universidad católica expresa dicha visión. . . o tiene oportunidad de expresarla. Con esto abordaremos la segunda de las dos secciones principales, volviendo al tema de la respuesta a la pregunta que motiva nuestra ponencia: ¿Cómo responde la universidad católica, de cara a sus estudiantes y por medio de ellos, en la perspectiva del Evangelio, a los llamamientos de la sociedad contemporánea?

III. VISIÓN EVANGÉLICA

La tarea de bosquejar los elementos de la visión evangélica de la persona humana es verdaderamente tremenda. Muchos escritores y pensadores la acometieron ya a lo largo de los siglos. ¿Qué podemos nosotros ofrecer en unas pocas líneas, y escasos minutos? Por otra parte, la noción de la persona humana que nos brinda el mensaje del Evangelio no es algo que pueda hallarse en tales o cuales párrafos o pasajes escogidos. Por naturaleza lo impregna todo. Forma parte de la trama global del mensaje, y por ello es tan difícil de enunciar.

Mas hemos de intentarlo aquí. Esta endeble tentativa, no obstante, va acompañada de la clara y explícita invitación a unirse a ella y hacer otro tanto, es decir, a que cada cual reflexione por su cuenta sobre la visión del hombre en el Evangelio y enuncie los elementos que sobresalgan. Lo que sigue es una sugerencia de algunos de esos elementos.

A. Sujeto creado con un destino

Las Escrituras nos pintan un cuadro de la persona humana donde ésta aparece como criatura de Dios, como objeto del amor creativo del Ser Supremo. Es, en términos aún más antropológicos, la imagen de un *hijo* de Dios. Esta imagen, este concepto de la condición humana, está ya

presente en el Antiguo Testamento, expresada en un sinnúmero de pasajes y alegorías. Es como una armazón de todo lo que vendrá después, en ambos Testamentos. Aun cuando no se discuta o mencione explícitamente, la armazón está ahí.

Cada ser humano es visto en la Escritura no sólo como objeto de la creación de Dios, sino también como alguien con un destino personal y trascendental. Ya se trate simplemente de un más allá después de la muerte o se interprete, con el refinamiento de la terminología paulina, como preordinación de Dios concretada en Cristo, el concepto y aceptación de un destino trascendental está también ahí. En realidad, esta doctrina sobre el destino del hombre es lo que atribuye a cada ser humano un puesto especial y característico en la creación y lo que le distingue, por poco que sea, de todas las restantes maravillas creadas, aun las más esplendorosas.

Esta omnipotente doctrina del ser humano como criatura y de su destino encierra toda una antropología de la persona. Gran parte de las especulaciones de los Padres de la Iglesia y de los teólogos sobre la naturaleza de la persona humana viene de lo que el Evangelio nos enseña acerca de nuestro destino. Desde Atanasio hasta Rahner, los pensadores católicos han intentado desentrañar el sentido del destino humano, como vía fructífera para llegar a comprender nuestra naturaleza.

Por último, mientras los filósofos de todos los tiempos no han dejado de reflexionar sobre la índole “espiritual” de la persona humana, el gran impulso para entender esta dimensión del hombre procede, de hecho, del Evangelio, con sus postulados y exigencias. Si vamos a buscar la fuente de donde viene fluyendo a través las épocas esa corriente de interpretación, descubriremos que no es Platón ni Aristóteles, sino el Evangelio y su doctrina sobre la naturaleza creada de cada persona y su destino divino.

B. En el mundo de la Encarnación

La visión comunicada por las Escrituras cambió radicalmente nuestra percepción de la naturaleza del mundo y, en consecuencia, el contexto en que la raza humana vive y fragua su destino. No ya por la mera percepción de que el mundo en su totalidad y cada persona que lo habita son objetos directos de la voluntad amorosa de Dios, sino por la revelación de la venida del Logos a la carne, el Evangelio cambia el mundo. . . o, más bien, nos presenta un mundo nuevo y cambiado. La creación, que da hospedaje y hogar a la segunda Persona de la Trinidad, no puede ya juzgarse puramente “natural”, y menos aún “irreal”, “mala”, etc., como la juzgaban tantos filósofos de la Antigüedad. El mundo era digno de convertirse en morada de Dios, venido en la persona de su Hijo. La naturaleza humana era digna de convertirse en naturaleza adoptiva de Dios mismo. Ni los seres humanos, ni el mundo en conjunto, ni cualquiera de sus partes pueden ya tratarse con burla o desprecio. La encarnación del Hijo dio al mundo una nueva grandeza y dignidad.

¿Qué relación tiene esto con la visión evangélica de la persona humana? Es un importante elemento de ese panorama, por conferir una nueva validez y nobleza a todos los aspectos de la existencia humana y al terreno en que ésta es vivida. El cuerpo es ahora tan noble como el espíritu, el trabajo tanto como la oración, la cultura tanto como el amor. Y este gran universo, hogar de la raza humana y a la vez, después de la Encarnación, hogar de la Divinidad, posee también un nuevo significado y una nueva nobleza. La persona humana se encuentra ahora

establecida no en un mundo extraño o lejano, sino en el mundo de la Encarnación. Y este “nuevo” contexto da nuevo sentido a todo cuanto los hombres somos y hacemos.

C. Con la promesa de resucitar a otra vida

La proclamación más fundamental y excelsa del Evangelio -y la de mayor alcance antropológico- no es la que se refiere a la culpa y el pecado, o al dolor y la muerte, sino a la resurrección y la vida. El anuncio de la resurrección de Cristo por la fuerza del amor del Padre es el toque supremo del mensaje evangélico, así como la más radical de las enseñanzas del Nuevo Testamento que dan origen a la nueva antropología cristiana. La vida de Jesús los días de Viernes Santo y Sábado Santo, contemplada desde fuera, es la de un insigne siervo de Dios, la de alguien dotado de gracia y poder. El acontecimiento de la Resurrección modifica por completo esta imagen. Ahora se ve como fue siempre: la vida, muerte y resurrección del Hijo de Dios, del Logos hecho hombre. La resurrección del Hijo es la proclamación y ejercicio del poder divino (de vida) sobre la muerte. Equivale a declarar irrefutable e inmutablemente que nuestro Dios es un Dios de vida y no de muerte; que la vida como don de Dios es la suprema realidad de una creación sometida, por lo demás, al dominio y las leyes de la muerte.

Pero yendo todavía más lejos, la Resurrección es el anuncio de una nueva visión de la persona humana. El maestro de esta nueva antropología es san Pablo, quien enseña a todo el que quiere prestarle oídos que la resurrección de Cristo es nuestra resurrección. La resurrección no constituye, en la visión de San Pablo, un aislado suceso histórico que le ocurrió a una sola persona. Es el anuncio del plan de Dios para su pueblo, para cada uno de nosotros. Dios no quiere vida y luego muerte. Quiere la vida a través de la muerte, después de ella y “por encima” de ella, superándola. La resurrección no es un fenómeno natural, como la llegada de la primavera tras el invierno. Es la contradicción de la muerte, la destrucción de la muerte por obra del Dios de la vida. Y es también la destrucción de nuestra muerte, no su supresión, sino su aniquilamiento definitivo.

Examinada en todo su contexto evangélico, la resurrección, como promesa de vida, es una potente luz que pone al desnudo nuestra naturaleza y destino. La doctrina cristiana acerca de la resurrección no se refiere a la inmortalidad del alma, aunque con frecuencia se haya dado esta confusión. Es una doctrina sobre nuestra persona, cuerpo y alma. Y nos dice que esta persona concreta no está destinada a la muerte, sino llamada a la vida. He aquí algo que transforma toda la realidad de nuestra vida como ahora la vivimos.

D. Ejerciendo la libertad

Algunas de las más fructuosas enseñanzas del Evangelio acerca de la persona humana no son elementos “declarados”, sino que constituyen una especie de sustrato, un fundamento de toda la visión evangélica del hombre. Un ejemplo de esto es el elemento de la *libertad* de la persona. Ciertamente que la noción de libertad nos viene de la Grecia antigua, pero no lo es menos que el Evangelio ha contribuido en modo sumamente significativo a su aceptación como parte integrante de la imagen de la persona humana.

¿En qué lugar o lugares de la Escritura se proclama la libertad como rasgo distintivo del obrar humano? La noción de responsabilidades en el sentido de tener que dar cuenta de los propios

actos -culpa y castigo, mérito y recompensa- implica necesariamente que tales actos son libres. Las obligaciones relativas al culto y la oración suponen también que la persona es libre de cumplirlas o no. La experiencia de la vocación a desempeñar el papel de profeta o discípulo denota una capacidad básica de elección en el corazón de la persona llamada. Cuando Cristo censura y aun condena a algunos por sus pecados e hipocresía, cuando alaba a quienes se desprenden de sus bienes en favor del prójimo o cuidan de los abandonados, está igualmente diciendo que esas acciones son censurables o loables porque la persona en cuestión es libre de escoger.

Este concepto subyacente de la libertad de la persona encuentra eco directo en los Padres de la Iglesia, donde se ve reforzado por la noción filosófica de libertad. Más tarde llegará a constituir el núcleo de la antropología escolástica y de la tradición viva de la ética cristiana. En nuestros tiempos halla vigorosa expresión en la doctrina del concilio Vaticano II, particularmente en su “Declaración sobre la libertad religiosa”. Este documento llama con justos motivos la atención sobre el postulado radical de la Iglesia de que la persona humana debe ser libre para practicar la religión. No hay adoración posible ni digno servicio a Dios sin voluntad libre. Las incidencias de esta noción fundamental de libertad en el campo de la ética, la moral, la vida política, familiar y económica, y quizá también en la educación, han sido y siguen siendo una rica fuente de vida y pensamiento cristianos.

E. Llamado a servir

La visión evangélica de la nobleza de la persona humana, con su fin divino y promesa de una vida después de la muerte, es tal que podría llevarnos a un sentimiento de superioridad, cuando no de arrogancia. “Cima de la creación”, “gloria del Dios vivo”, son expresiones típicas del modo como la tradición cristiana describe a la persona humana. ¡Qué fácil le resulta al hombre, dueño y señor del universo, sentirse orgulloso y superior!

Mas el ejemplo de Cristo y el claro llamamiento de los Evangelios a imitarle constituyen un antídoto contra esa tendencia y, a la vez, otro valioso elemento de la imagen cristiana del integral desarrollo de la persona.

Cristo se proclama a sí mismo el servidor de todos. Al contrario de los fariseos, declara haber venido a servir. Y su vida entera es aplicación de esta enseñanza. Además, Cristo deja bien claro que sus seguidores deberán hacer otro tanto. Están llamados a hacerse “todo a todos” y serán juzgados por este criterio.

Pero el servicio al que llama el evangelio no es sola y exclusivamente una obligación. Cristo habla también de recompensa, de aliciente. En lo más hondo de la visión ética del Nuevo Testamento encontramos la declaración -en verdad nueva y asombrosa- de que lo que hacemos por los demás es considerado por Dios como algo hecho a El mismo. No podemos “servir” a Dios en el sentido literal de la palabra, esto es, suministrarle lo que no tiene o lo que necesita. Más al decir: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”, Cristo abre una nueva perspectiva y nos muestra una nueva manera de servir y adorar a la Divinidad. Al mismo tiempo proporciona a sus seguidores un poderoso motivo para hacerse, contrariamente a la tendencia natural del hombre, servidores de todos.

F. Conclusión

Los elementos de la doctrina evangélica aquí mencionados no representan sino una selección entre otras muchas enseñanzas: son meras partes de todo un cuadro. A lo largo de los siglos, la tradición católica se ha venido entregando a la tarea de identificar y desarrollar esos elementos para obtener el cuadro completo de la visión evangélica de la persona humana. Aún no existe una formulación global y exhaustiva de nuestra antropología católica. Tal vez no llegue nunca a existir, porque lo más crítico es la antropología vivida, el modo en que la tradición, es decir, la comunidad católica, ha vivido esa doctrina sobre la naturaleza y destino de la persona humana. La misma visión está presente en la vida sacramental de la Iglesia, en su liturgia, su moral, su arte y su música. Y es de suponer que también lo está en la labor educativa de la comunidad católica, en las escuelas, colegios y universidades que esta comunidad originó y hoy continúa patrocinando e inspirando.

Si las universidades católicas del mundo actual han de dar una respuesta firme y convincente a las necesidades de la sociedad, a las esperanzas de los muchos que vienen a nosotros en busca de instrucción, tal respuesta debe radicar, vinculándose activa y eficazmente con ella, en la básica visión católica de la persona humana, en ese concepto que deriva de la proclamación del Evangelio .

Nos ocuparemos ahora de la vida de la universidad católica en nuestros días, con sus esfuerzos por responder a las necesidades de la sociedad a la luz de esta visión evangélica del hombre. ¿De qué modo la expresa la misión apostólica de nuestra universidad?

IV. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Tratándose de hallar la relación que existe entre el mensaje evangélico y la respuesta de la universidad católica a las esperanzas y necesidades de la sociedad actual, hemos aventurado la hipótesis de la que noción de la persona humana, la antropología, es el concepto mediador. En la sección precedente (III) hemos seleccionado y comentado algunos elementos de esa imagen evangélica. Todo esto nos lleva ahora al otro extremo de nuestra línea de raciocinio, o sea a la universidad católica de hoy, a su misión y actividades.

Qué relación, si la hay, guardan mutuamente la doctrina del Evangelio acerca de la persona humana y la misión educativa de la universidad católica? ¿Cómo se insertan los diversos elementos de esa visión evangélica de la persona en el sinfín de actividades de la universidad católica e influyen en ellas? ¿Qué papel desempeña el concepto mediador en las decisiones referentes al currículo, repartición de los recursos económicos, relaciones con la población local, etc.? He aquí algunas de las preguntas que han de formularse si la hipótesis propuesta más arriba tiene un sentido real.

Sugiero que intentemos responder a estas preguntas examinando el influjo de la imagen evangélica de la persona humana en la universidad católica bajo tres encabezamientos generales. Estos tres apartados no representan actividades o programas específicos; son más bien perspectivas o valores educacionales que, por una parte, surgen de la noción evangélica de la persona y, por otra, influyen en las decisiones que las universidades católicas deben tomar en el contexto de su función educativa.

Al tratar este tema de la misión de la universidad católica, he de enunciar con claridad mi propio punto de vista según el cual la universidad católica es, ante todo, una universidad. El hecho de ser católica no la diferencia esencialmente, como institución, de las universidades gubernamentales o laicas. Es, pues, una universidad y comparte sustancialmente con todas las demás sus fines, misión y tradiciones. Pero hay una modalidad crítica -y hacemos hincapié en la palabra “crítica”- que nace de su antropología, influye en su manera de actuar, le da una nota distintiva y constituye la base, a mi juicio, para hablar de una misión común de las universidades católicas.

Lo que sigue reviste el carácter de propuesta, de incentivo para el debate. Lleva también implícita una invitación a que ustedes mismos presenten otros modos de relación, otras maneras en que el mensaje y la antropología del Evangelio afectan nuestra vida y nuestra labor educativa de cada día.

A. Iluminación del mundo

El concepto de la persona humana en el mundo y la concomitante interpretación del mundo que encontramos en los Evangelios arrojan no poca luz sobre el trabajo de la universidad católica. Por la revelación cristiana sabemos que los seres humanos forjan su destino en un mundo marcado por la Encarnación. El nuestro es un mundo donde Dios se dignó entrar, en vez de evitarlo. Nuestra historia, marcada a su, encarnación, se convirtió en historia de salvación y gracia. Nuestra naturaleza -cuerpo y alma, espíritu y materia- fue hecha a suya propia por el Logos.

En la historia del pensamiento cristiano hay dos modos de entender el acontecimiento de la Encarnación. Uno de ellos la ve como suceso que tuvo lugar en una época y momento determinados, como irrupción o “sorpresa” histórica. De ahí “se siguieron” un ennoblecimiento y una iluminación de la naturaleza e historia humanas por vía de la acción de Dios y de la comprensión del creyente.

El segundo modo de entender la Encarnación consiste en considerarla como parte del plan concebido por Dios desde antes de la creación. Es claro que en esta perspectiva, en esta teología de la Encarnación, la iluminación de nuestra naturaleza, destino y situación en el mundo surte un efecto mucho más poderoso, dramático y penetrante.

Imaginar el mundo, la naturaleza y la persona humana como todo un escenario creado para la entrada de lo divino, por medio de Cristo, es ver la nobleza, el valor, la gloria de la creación entera. La materia no está perdida, sino que va a más. La naturaleza no es hostil a lo divino, sino que está destinada a ser teatro de la manifestación divina. Por eso el concepto del mundo como lugar de la Encarnación y el de la persona humana como centro de ese mundo modifican radicalmente nuestra visión del mundo mismo, de la naturaleza, la sociedad, la persona, es decir, de todo cuanto constituye el verdadero objeto de la labor de la universidad.

Tratemos de enfocar este punto en la perspectiva de la propia universidad. La universidad surgida de la experiencia occidental del Medioevo es ante todo una *empresa cultural*. Al desarrollarse en el transcurso de los siglos, ha ido ampliando su campo hasta hacer suya casi toda forma de conocimiento sobre casi cualquier aspecto de la naturaleza. A esto ha añadido los conocimientos y técnicas necesarios para ciertos tipos de trabajo, a saber, la capacitación profesional. La universidad estudia y enseña todo lo que tenga algo que ver con seres vivos,

vegetales ó animales, con cosas escritas, cantadas o pintadas, con fenómenos físicos, psíquicos. . . y así hasta nunca acabar; la lista es prácticamente infinita. Y lo hace por curiosidad, por utilidad, por afán de saber y dominar.

Ahora bien, ¿tiene la universidad católica otros objetos de estudio que le sean propios? ¡No! Básicamente está empeñada en la misma tarea, en la misma empresa cultural y técnica. Sus objetos o temas de estudio, investigación y enseñanza son idénticos a los de las demás universidades del mundo. Ciertamente que la universidad católica debe atender particularmente a una “serie” de objetos de estudio que le son más afines, los que se relacionan con la Revelación, en los cuales se basan la tradición católica y la antropología cristiana; pero, fuera de esto, sigue siendo una universidad como las otras. Si algo la distingue, es el hecho de llevar a cabo su investigación, estudio y enseñanza con un sentido -que todo lo imbuye- de que este mundo no es uno de tantos, sino el teatro de la presencia divina; es un escenario del drama divino-humano, un laboratorio de “cristificación” universal. Lo diferente en la universidad católica no es su objeto de estudio, sino el modo como se enfocan los objetos, tanto humanos como naturales. No otra cosa se sugiere con el término “iluminación”. La doctrina evangélica sobre el mundo transformado por la Encarnación confiere a todo lo que se estudia y se sabe un nuevo halo, lo ilumina con una nueva luz.

La dedicación a las letras humanas -historia, literatura, lengua, filosofía- no es ni más ni menos que eso mismo. Pero estas obras del espíritu humano se ven en la universidad católica como anales de la persona humana, individual y colectivamente considerada, en busca de la presencia del Dios encarnado. Las ciencias físicas son medios para llegar a conocer este mundo y fabricar útiles que permitan dominarlo y mejorarlo, mas al propio tiempo sirven para contemplarlo como teatro de la presencia y actuación de Dios. En cuanto a las profesiones, no se miran a una luz distinta y contradictoria, sino complementaria, como ayuda para servir y construir la comunidad humana que, además de esto, comunidad humana, es prefiguración del Reino por venir.

Para la comunidad católica, que nuestra universidad representa y a cuyo servicio está, la orientación que acabamos de ver es importante. En cualquier movimiento religioso se da la perpetua tentación de prescindir de la naturaleza y la historia para buscar un contacto puro con lo divino. Esta tentación es ajena al cristianismo, dada la Encarnación que le sirve de base. La comunidad católica está llamada y es desafiada a sumirse en la naturaleza y la historia, no a apartarse de ellas. Y la universidad católica -de la que aquí me ocupo-, iluminada por la visión evangélica de la persona humana, tiene por cometido encabezar ese movimiento de aproximación a la naturaleza y la historia, para abrirse camino a través de las mismas. El reto que ha de aceptar la universidad católica consiste en ser religiosa, en mantenerse cristiana al trabajar con esas realidades . . . vistas como aparecen a la luz de la Encarnación.

¿Modifica esto la tarea o misión de la universidad católica? ¡Sí y no! No, por cuanto trabaja con los mismos objetos que las demás universidades (con la posible excepción, como decíamos, del estudio específico de la Revelación). Sí, en la medida en que su perspectiva es distinta y, además, crítica para el acto completo de comprensión. Cuando el biólogo estudia un tejido inflamado, ¿es su mirada diferente de la que una madre dirige a su hijo presa de la fiebre? La fuga de Bach que sale de un sintetizador ¿es distinta de la que nos brinda amorosamente un Casals? ¿Hay alguna diferencia entre la manera como un poeta describe su morada ancestral y la del tasador de una sociedad inmobiliaria? En el grado en que la respuesta a estas preguntas es “sí” en ese mismo grado la misión de la universidad católica se distingue de la de las otras universidades.

La iluminación que proviene del concepto evangélico del mundo y el lugar ocupado en él por el hombre forma parte del “don” de toda institución católica de estudios superiores. Este don no quita ni el peso ni la gloria de la tarea de enseñar y aprender que constituye la misión de todas las universidades. Arroja, no obstante, su propia luz sobre dicha tarea, la ilumina, le procura un aliciente, le brinda una recompensa.

B. La persona, punto de enfoque

El panorama de la naturaleza humana revelado por la Buena Nueva de Jesucristo y el puesto que la persona humana ocupa en esa doctrina proporcionan, por así decirlo, un *punto de enfoque* a la labor de la universidad católica: la propia persona humana. En este foco convergen todos los aspectos de la vida de la universidad católica, y él determina las múltiples dimensiones de su misión y actividad. Por otro lado, la facultad de concentrarse en la naturaleza y destino de la persona humana es un factor de primer orden en la eventual respuesta de la universidad católica a las necesidades y esperanzas de la sociedad contemporánea.

Nosotros, habitantes del mundo occidental, de este mundo postcristiano y postindustrial, vivimos en la era del individuo. Que los demás decidan si esta aseveración es o no universalmente válida en las últimas décadas del siglo XX, es decir, si se aplica también a Asia y África contemporáneas, al Tercer mundo, Como mínimo, puede afirmarse que el foco de atención que representa hoy en Occidente la persona individual ha influido en el pensar y actuar de los moradores de otras muchas partes del mundo, en especial entre las minorías selectas y las clases cultas, por la penetración del pensamiento y los medios de comunicación occidentales.

Nosotros, en todo caso, vivimos en la era de la persona. Mas este hecho cultural no puede calificarse de positivo sin reservas. No nos es lícito afirmar que el énfasis contemporáneo en la persona constituye lo que podría legítimamente llamarse “personalismo”. Más exacto parecen aquí los términos “individualismo”, “egocentrismo”, “narcisismo”. El fin de la época racionalista en Occidente a principios del siglo XX no significó el fin del individualismo. En realidad, a medida que la noción de la persona se hacía más psicoanalítica, adquiría un carácter más egocéntrico y narcisista. Philip RIEFF ha publicado brillantes escritos sobre la “edad terapéutica”, nombre que da a la época actual en Occidente, donde nuestras energías y actividades se centran en el bienestar del yo individual y las múltiples estrategias utilizadas por la personalidad psicoanalítica para promover ese bienestar.

La sociedad a la que se dirige la universidad católica de hoy, al menos en Occidente, y los individuos que vienen a nosotros como estudiantes se ven envueltos de lleno a dicho egocentrismo y narcisismo. (Una vez más hago notar mis reservas sobre la aplicabilidad directa de esto a todos los contextos culturales del mundo en los que actúan las universidades católicas). El medio en que mueven ese ambiguo: el énfasis en la persona con sus capacidades, poderes y derechos es laudable desde el punto de vista del Evangelio y su mensaje; pero, de hecho, ese énfasis va entremezclado con otro que se caracteriza por el egoísmo y la estrechez de miras y que, a veces, incluso lo supera. Por ambas razones, la cultura postanalítica o “terapéutica” -que es en gran medida la cultura del mundo de la universidad contemporánea- lanza un reto y brinda una oportunidad especiales al mencionado enfoque evangélico de la naturaleza y destino de la persona humana.

En esta doctrina, en esta imagen, se cimenta la enseñanza católica sobre la naturaleza y destino de la persona. Y de esta misma doctrina procede el importante y privilegiado enfoque de la enseñanza, investigación y servicio de la universidad católica. Si, como afirmaba RAHNER, todas las declaraciones dogmáticas del catolicismo son antropológicas, habrá que decir, paralela y análogamente, que todas las actividades de una universidad católica son antropológicas, esto es, están centradas en la persona.

Es claramente imposible llegar a ofrecer una visión global de la función del concepto evangélico de la persona en la vida de la universidad católica. Contentémonos, pues, con algunos “sondeos”. Las sugerencias que les ofreceré a continuación deberán ser cotejadas con la propia experiencia de ustedes y, sobre todo, complementadas con la vida y experiencia de sus instituciones.

Un ejemplo tradicional y evidente del influjo de la doctrina evangélica es el de la dimensión “espiritual” de la persona humana. Esto forma parte integrante de la tradición cristiana. Así pues, tendemos a darlo por sentado. Sin embargo, ha dejado ya de ser un elemento -aceptado o sobrentendido- del mundo universitario al que pertenecen nuestras instituciones. Tenemos un mensaje que transmitir a la sociedad contemporánea, a muchas de las culturas postcristianas y no cristianas en las que trabajamos y enseñamos, un mensaje sobre la índole espiritual de la persona humana, llamada a un destino trascendental. Para la universidad católica de la Edad Media, esto podía ser una verdad obvia en el ambiente cultural que la rodeaba y entre las gentes a quienes trataba de servir. Pero hoy ya no lo es. Por eso, la naturaleza espiritual de la persona tal y como la manifiesta el Evangelio es de por sí un elemento del enfoque que nos viene del mismo Evangelio y debemos llevar a efecto en nuestras instituciones. Esto no es meramente un tema para las clases de filosofía y teología. Entra también en la psicología, la literatura, el arte y la antropología, así como en otras muchas disciplinas, materias de investigación y problemas.

Esta visión de la persona humana como espiritual -en el sentido en que lo entiende la tradición de la antropología cristiana -es un factor importantísimo en la respuesta a las necesidades de la sociedad y de los estudiantes de hoy, en la cual se centra nuestra Asamblea General. Un elemento clave en la búsqueda del hombre contemporáneo es el anhelo de un fin distinto del temporal, de un horizonte no espacial y de un destino superior al psicológico. La visión evangélica de la persona como la declara la tradición católica -visión de la persona con una dimensión espiritual plenamente integrada en el tiempo-espacio y con la de responder a la vocación a un fin trascendental, en su calidad misma de ente integrado, es decir material-espiritual -es precisamente una respuesta a ese grito contemporáneo, respuesta que la universidad católica es capaz de expresar, no a guisa de sermón o doctrina, sino como realidad vivida, y ello en medio de todas las demás actividades culturales e intelectuales que constituyen la vida universitaria.

Un segundo elemento de esta visión evangélica me parece de especial importancia para la vida de una universidad católica. El Evangelio presenta a la persona como libre: libre de responder a la llamada de Dios, de practicar la religión, de escoger éste o aquél entre los bienes finitos, de rechazar a Dios, de pecar. Una de las raíces más profundas de la tradición occidental de libertad es de carácter religioso, y uno de los más vigorosos y omnipresentes portadores de esa tradición es la Iglesia. Desde las enseñanzas y relatos del Evangelio hasta los documentos del concilio Vaticano II, pasando por los Santos Padres y los teólogos, la libertad de la persona humana ha sido siempre un tema crucial del mensaje cristiano. Y ¿qué mensaje puede ser más importante

para los educadores, más apto para inspirar la respuesta a las esperanzas y necesidades de quienes hoy acuden a la universidad a fin de formarse cultural y profesionalmente?

Si hemos de permanecer fieles a la visión evangélica de la persona, debemos educarnos para educar a las personas con vistas a la libertad. La iglesia reivindica para los seres humanos la libertad más elemental, la de practicar la religión. Pero la misma tradición proclama también que el hombre debe ser libre para aprender, crecer y hacerse integralmente humano. Por ello, parte de la tarea -parte esencial, no accesoria- de la universidad católica consiste en proporcionar a las personas los conocimientos, capacidades, valores y experiencias que les permitan escoger, actuar libremente, y esto en todas las dimensiones de su vida, no sólo en el plano religioso. Las letras humanas son en potencia, para esta labor, un importante instrumento. Las profesiones y las técnicas profesionales quedan reducidas a un nivel mecánico si no van acompañadas de esa educación para la libertad. “Y la verdad os hará libres”: tal es la inscripción grabada- de hecho o en espíritu- en el pórtico principal de toda institución católica de enseñanza superior.

Nuestro papel de educadores católicos y universitarios no consisten en ningún tipo de adoctrinamiento: ni político, ni religioso, ni ético. La Iglesia podrá servirse de otros métodos de instrucción en otros niveles y otras clases de establecimiento, mas no puede adoctrinar a nadie en la universidad. Esto es contrario a la naturaleza de la universidad; aunque, por desgracia, hay muchísimas instituciones en el mundo que se llaman a sí mismas universidades y son, en realidad, medios de adoctrinamiento. Tal no es la misión de la universidad católica. Nosotros somos servidores de la visión evangélica de un cristianismo adulto, libre y responsable. Y entendemos la persona como libre, lo que responde a algunas de las más hondas esperanzas de nuestros contemporáneos.

Dedicarse a la formación para una libertad responsable, en vez de entregarse al adoctrinamiento o a la enseñanza rutinaria, no es siempre, para el educador, el camino más fácil de seguir. Es, empero, el más auténtico. Esta clase de libertad adulta y cristiana requiere los conocimientos que liberen de la ignorancia y de los prejuicios. Requiere un nivel profesional que permita obrar con eficacia. Requiere un sentido de lo bueno y valioso que lleve a un uso responsable de la propia libertad.

Haré una última observación. Si el mensaje evangélico y la misión de la universidad católica se centran, como decíamos, en la persona humana, ello significa que una auténtica universidad católica debe conceder suficiente espacio a este campo, oficio o actividad que se refiere especialmente al crecimiento o desarrollo integral de los universitarios. En la actual universidad norteamericana, esto se hace a menudo bajo los conceptos de “vida estudiantil” o “desarrollo estudiantil”. Las disposiciones administrativas para ocuparse de esta cuestión varían considerablemente de un tipo de universidad a otro. Lo que aquí quiero decir es que esta *dimensión* de la labor de la universidad no puede pasarse por alto ni esquivarse, en razón del particular enfoque que estas instituciones deben dar al crecimiento y desarrollo de sus estudiantes, no sólo en lo tocante a la cultura y formación profesional, sino también a la libertad y responsabilidad.⁽²⁾

C. Transformación de las relaciones

Quisiera todavía examinar con ustedes un tercer aspecto, muy amplio, de la influencia de la doctrina evangélica acerca de la persona humana. Sin duda es manifiesto pero de todos modos debo mencionarlo -que las relaciones existentes entre la imagen normativa del Evangelio y la vida de cada universidad católica en los distintos países y culturas han de ser diferentes. Lo que indico aquí, en mis tres apartados, podrá ajustarse o no a su respectiva situación. A cada uno de ustedes le toca determinarlo y sugerir diversas categorías que den cuenta del impacto de la noción evangélica de la persona en la misión de su universidad. Pasemos ahora a la tercera zona de influencia.

Una de las tres maneras, muy tradicionales y comunes, de hablar de la misión de la universidad en el actual mundo universitario de Norteamérica consiste en referirse a la enseñanza, la investigación y el servicio. De este último me propongo tratar aquí. En la tradición occidental, la mayoría de las universidades se ven a sí mismas en el deber de servir a la sociedad, a la colectividad donde radican. Este “servicio público” puede concretarse en clínicas vinculadas a las facultades médicas, en asistencia a las escuelas locales por parte de las facultades de pedagogía, en consultas a la universidad sobre problemas económicos y políticos de la sociedad o en asesoramiento gratuito sobre cuestiones jurídicas o fiscales para los faltos de recursos. Al menos en el contexto norteamericano, cuando las universidades, gubernamentales o privadas, solicitan el apoyo de los ciudadanos, muy a menudo refuerzan sus peticiones con ejemplos del servicio público que realizan.

Prescindiré de si este servicio público de las universidades del mundo es o no lo que sus declaraciones y fines dan a entender. Me temo que, en el caso de muchas de las supuestamente más importantes y prestigiosas universidades, el ideal de servicio público se vea con harta frecuencia sustituido por una actitud de “torre de marfil”, que las distancias de los problemas y necesidades reales de la sociedad, y aun a veces por una clara postura de arrogancia y desdén.

Sea lo que fuere, he aquí la pregunta que nos interesa: ¿Cómo entienden las universidades católicas este papel de servicio público y cómo lo relacionan, si lo hacen, con la noción de una antropología evangélica o teológica que ha de moldear la vida de toda universidad católica?

Creo que cualquier informe sobre las actividades de servicio público llevadas a cabo por las universidades católicas reflejaría una gran variedad de prestaciones. Ya se trate de las principales universidades de Europa y las Américas, ya de las implantadas en tierras no cristianas o en países en vías de desarrollo, la tradición de servicio como actividad universitaria se presenta en múltiples y diversísimas formas.

Lo que aquí pretendo sugerir y explicar brevemente es que esta actividad de servicio a los demás por parte de las universidades católicas no constituye un apéndice accidental a su labor y espíritu, ni tampoco algo copiado de las universidades laicas. Dicho de otra manera, el Evangelio nos muestra la imagen de una persona humana llamada a servir. En él vemos a un Señor y Salvador entre cuyos títulos figura el de Siervo. Reiteradamente oímos de sus propios labios que ha venido para ser el servidor de todos y que quien desee seguirle debe también hacerse el servidor de todos. Tanto el llamamiento como la motivación son aquí vigorosos y persistentes.

Más allá de este ejemplo y estas exhortaciones, hay todavía otra dimensión de la doctrina y antropología bíblicas que ha contribuido en gran medida, a través de los siglos, a empujar a los cristianos e instituciones cristianas por el camino del servicio al prójimo. Uno de los elementos más fundamentales de la enseñanza ética de la Biblia es la proclamación de que “lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. He aquí una revelación extraordinaria, tanto desde el punto de vista teológico como humanitario. El cristianismo nunca dijo que el prójimo fuera Dios, sino que, repitiendo las palabras del Maestro, nos enseña que lo que uno hace por los demás, en especial por los pobres y necesitados, es juzgado por Dios como hecho a El mismo. El cristianismo ha proclamado constantemente esto y ha inspirado siglos de práctica basada en esta visión.

La universidad católica recibe de lleno esta luz. Sus miembros saben, por su aceptación del concepto bíblico del hombre como servidor, que han sido llamados y están obligados a servir a los demás. Y saben también que lo que hagan por el prójimo será considerado como una forma de servicio y adoración al propio Dios. La noción de servicio ha quedado *transformada* por el mensaje del Evangelio. Esta noción no puede ser la misma para un creyente que para quien no acepta el mensaje del Señor-Siervo y el estímulo que su enseñanza -“Lo que hicisteis. . .”- lleva consigo. Nosotros somos los beneficiarios de ese cambio de perspectiva, de esa metamorfosis de la relación de servicio. Y nuestras universidades deben igualmente reorientarse y transformarse en ese sentido. La nobleza del servicio como parte de la misión de la universidad no se ve nunca con tanta fuerza como cuando la idea misma de ayudar a los demás queda transformada por el poder del ejemplo y la doctrina del Maestro.

Todos entendemos, no me cabe duda, que, puesto que hablamos de universidades y no de hospitales ni centros de asistencia social, el modo como la universidad realiza su servicio ha de ser distinto del de otras instituciones o grupos eclesiales. De hecho, al decir que el servicio público es uno de los fines o misiones de la universidad, no debemos separar esto de su actividad básica de docencia e investigación. Algo fallaría si no reconociéramos que el servicio máximo y más valioso que la universidad católica presta a la sociedad y a la Iglesia misma es su labor educativa, la de preparar el próximo relevo de dirigentes y servidores para la sociedad. La investigación y estudio académico pueden también constituir una actividad de servicio por diversos conceptos, a largo plazo en muchos casos. Todas estas formas de servicio quedan transformadas por la doctrina y visión de Cristo-Servidor, sobre las que acabamos de reflexionar. Todas ellas experimentan un cambio gracias a la visión evangélica de la persona humana.

Si ha de haber un “próximo relevo de dirigentes y servidores para la sociedad”, nosotros, en la universidad católica, debemos inculcar un ideal de servicio en las mentes de quienes se benefician de una educación universitaria. Así como la universidad, en cuanto institución, puede dejarse invadir por el espíritu de egoísmo y hasta de arrogancia, así también puede esto sucederle a cada estudiante. Si permitimos que nuestros estudiantes se olviden de que la educación crea una responsabilidad, si nos convertimos en instrumentos del desarrollo y propagación de una mentalidad egocéntrica y burguesa entre nuestros educandos, estaremos fracasando en nuestro empeño de responder tanto a las necesidades de la sociedad como al llamamiento del Evangelio. La tendencia natural de quienes reciben una educación universitaria les lleva a considerarla como algo meramente provechoso para ellos mismos, y esto es tan aplicable a las bien asentadas culturas occidentales, donde los estudios superiores se dan cada vez más por supuestos, como a las de los países en vías de desarrollo, en los que tal educación, es a menudo una puerta de acceso a la opulencia y el poder. Esta disposición natural debe ser

contrarrestada por los valores que enseña la universidad católica y, también, por las oportunidades que brinde a sus estudiantes de empezar a servir a los demás.

En esta sección sobre la misión de la universidad católica, he expuesto tres maneras distintas como la visión evangélica de la persona humana influye en la vida y actividad de nuestras instituciones. Hay, ciertamente, otras influencias; tal vez, incluso, más significativas en una determinada situación cultural. En todo caso, estas tres -luz sobre la naturaleza del mundo creado; enfoque privilegiado del lugar que en él ocupa la persona humana; cambio en la inteligencia de nuestras relaciones con los demás- sirven para ilustrar el influjo penetrante y crítico del Evangelio en nuestra misión educativa a través de una antropología evangélica.

V. CONCLUSIÓN

Vengo ahora a mi reflexión final, que no es una verdadera conclusión. Para dar remate a esta disertación, no me parece útil recorrer de nuevo su contenido. El tema es lo bastante breve y sencillo como para que esto no resulte necesario. Ni tampoco hace falta repetir por menudo la tesis en que se basa nuestro discurso sobre la relación entre la imagen evangélica de la persona y la misión de la universidad católica.

Queda la importantísima cuestión de cómo la perspectiva aquí presentada y las orientaciones sugeridas en términos de mundo, persona y relación influyen realmente en la vida académica de nuestras universidades, determinándola y especificando sus varios aspectos. ¿Qué influjo práctico ejerce la imagen evangélica de la persona en la respuesta de las universidades católicas a las esperanzas y necesidades de los miles de estudiantes que vienen a nosotros cada año? ¿Cómo se aplica esta perspectiva u orientación a las decisiones sobre programas, estudios, actividades extracurriculares, servicios estudiantiles, normas de conducta, postura concreta que adoptar en las relaciones con el Gobierno y la Iglesia, principios de selección de los estudiantes y de asistencia económica a los mismos, criterios para el empleo, contratación y remuneración del personal académico y no académico?

La administración de una universidad entraña numerosísimas decisiones de esta índole. ¿De qué manera la imagen evangélica de la persona o las orientaciones educativas de orden general que derivan de esa imagen determinan, para nosotros, las respuestas a las preguntas formuladas? ¿No debe una reflexión como la presente desembocar en respuestas a tales preguntas y otras semejantes?

Todos los aquí reunidos podemos, indudablemente, ofrecer reacciones, sugerencias y respuestas a esas preguntas, basándonos en nuestra propia experiencia y la de nuestras instituciones. Muchos de los participantes en esta asamblea hemos pasado años enteros en las universidades católicas como estudiantes, profesores y administradores. Por ello nos es posible, claro está, proponer toda una serie de respuestas y aplicaciones concretas. No estoy seguro, sin embargo, de que eso, pese a su posibilidad, sea lo más útil o constituya el modo más provechoso de concluir esta reflexión.

¿Por qué? Porque la respuesta a la pregunta sobre cómo el influjo educativo de la imagen evangélica de la persona afecta las decisiones diarias y anuales que hemos de tomar como responsables de las universidades católicas sólo puede surgir de una vasta gama de experiencias compartidas, de la discusión e intercambio entre todos nosotros. Tal respuesta debe respetar la diversidad de las situaciones en que desempeñamos nuestra misión respectiva de educadores católicos en el campo de la enseñanza superior. Para llegar a ser más auténticos y lograr una mayor eficacia en

nuestro servicio, nuestra respuesta no ha de venir de esta o aquella persona que de momento ocupa un puesto de primer plano, sino del cuerpo entero de educadores de la universidad católica que comparten unos con otros sus ideas, inspiraciones y experiencias.

Quedaré complacido si estas pocas reflexiones que acabo de brindarles sobre el contenido de la imagen evangélica de la persona humana y la perspectiva educacional que de esa imagen se desprende son para nosotros ocasión de tratar y seguir tratando en común el tema de la respuesta de las universidades católicas del mundo entero a las esperanzas y afanes de nuestros estudiantes tanto actuales como futuros.

NOTAS

¹ Ver en especial:

No. 1 GONZÁLEZ MORFIN, Efraín: *Universidad y libertad de conciencia*

No. 3 VERGARA A. Jesús: *¿Como entender aquí y ahora la universidad de inspiración cristiana?*.

No. 10 SUAVE, Javes W.: *Características esenciales de la universidad de inspiración cristiana*.

² En la Universidad Iberoamericana, la formación integral del alumno tiene como principal apoyo la llamada "Área de Integración", consistente en 5 materias, incluidas en el currículum de todas las carreras, a escoger entre muchas, procurando que abarquen los distintos aspectos del hombre integral y que, yendo más allá de puros contenidos temáticos, busca a través de ellos la trasmisión de valores. (Nota del editor).